

la inflexión que separa al autor de sus contortulios habituales. González Rodríguez logra insertar con mucha precisión detalles y pasajes de la cultura mexicana *sin* utilizarlos como la palanca de Arquímedes que pone en funcionamiento los aparatosos trabajos de la *cultura nacional*. Es un alivio leer un libro editado en España (finalista del Premio Anagrama de Ensayo) que habla de Rafael López, Eduardo Lizalde o Alfonso Reyes sin insistir en el gentilicio y en el que se habla de una ciudad que no puede ser otra que el DF, y sin embargo, no se la menciona como tal.

Al rechazar implícitamente a la *cultura nacional* como pasión ontológica y utilizar fragmentos mexicanos como parte del mosaico de la civilización, *El Centauro en el paisaje* gana su coherencia. No es una novedad insistir en la naturaleza universal de la cultura de México. Sí lo es "minimizarla" con la naturalidad con la que procede González Rodríguez, localizándola como un detalle en el paisaje. El ensayista descarta a la tradición nacionalista como eje y fragmenta episodios en un esfuerzo feliz por desarrollarlos en el contexto de la llamada postmodernidad.

Algunos temas de *Los bajos fondos* (1988), libro malogrado por la pereza, reaparecen en *El Centauro en el paisaje*, como el espiritismo finisecular o las mutaciones equívocas del burdel. Otras páginas muestran instantáneas sobre Gabriel Ferry, Breton y México, Luis G. Urbina y el cine, Juan García Ponce y el gnosticismo, o las andanzas del inventor Juan Nepomuceno Adorno, todas ellas escritas con pertinencia intelectual y en una prosa sobria y elegante.



Loxia curvirostra (detalle).

El Centauro en el paisaje de Sergio González Rodríguez es un libro que pide la generosidad del lector y la devuelva con equidad, una síntesis clara de ciertas mitologías contemporáneas y un collage donde México se escabulle libre de la ontología nacionalista, como un signo más en el mapa de la imaginación crítica. Entre los libros mexicanos de 1992, es uno de los más pulcros y estimulantes. □

Historias conversadas

de Héctor Aguilar Camín

por Fernando García Ramírez

• México, Cal y Arena, 1992, 211 pp.

Estimula y confunde a este lector el ejercicio narrativo de Héctor Aguilar Camín. Ejercicio múltiple en prosa: tránsito sin pausa del periodismo al ensayo histórico (creativo y oficial) y de la novela al cuento. Asimismo, ejercicio múltiple el de su personaje público: émulo de Tlaquehuel y editor orgánico, polemista e ideólogo. Estimula su narrativa por la agilidad con la que engarza sus anécdotas, por su apasionada habilidad para fundir un continuo juego de ideas en sus diversas tramas. Y confunde por razones complementarias, por el no siempre bien librado obstáculo que separa realidad y ficción, recuerdo e imaginación, y por la metódica paciencia con la que ha ido desvelando un universo escatológico, con breves intermitencias de humor, afecto y ternura, pero principalmente sombrío, violento, represivo, criminal, vengativo, político. Su obra es, así, múltiple por sus registros y una por su obsesión por ese enigmático centro negro que pareciera guiar, a los ojos del autor, el destino mexicano; sin por ello dejar de ser una obra autobiográfica, impudicamente generacional. En otras ocasiones me he referido a la parte de su obra

que me confunde, quiero ahora referirme a la parte que me estimula, por la que compro y leo sus libros.

Historias conversadas es el tercer libro de cuentos de Héctor Aguilar Camín y el que mejor lo representa ya que en él aparecen con precisión los temas, personajes y enfoques que distinguen a su obra.

Una genealogía atormentada del sureste mexicano que sorpresivamente desemboca en una mujer que el narrador amó y aún recuerda; un hijo que rescata una imagen para él desconocida de su padre en medio de la historia del nacimiento del narcotráfico en Sinaloa referida por un mafioso, antiguo amigo y cómplice de su padre; el relato de un jesuita brillante y mundano que pierde el rumbo y termina de misionero ebrio en Bangkok, por el amor de una mujer; los entretelones amorosos de la feroz guerra cristera en los Altos de Jalisco; la historia de un hombre que encontró la muerte por decir en alta voz sus diferencias con un gobernador; traiciones e infamias, crímenes y nostalgias, el mito de la revolución y la necesidad de la revuelta; voces entrecruzadas de una madre y una tía, una hija y un hermano, un amigo y un antiguo camarada. Son algunos de los personajes y temas mediante los cuales Héctor Aguilar Camín desarrolla narrativamente la idea de que toda historia contiene en su intrahistoria ocultos resortes y poderosas motivaciones pasionales.

Recientemente la editorial Cal y Arena puso a circular una antología de reportajes de nota roja titulado *Fuera de la ley*. El origen de ese libro está en la mirada intrahistórica de Héctor Aguilar Camín, director de esa editorial y autor de *Historias conversadas*. Porque de asuntos que parecen extraídos de la nota roja conversa el autor de estas historias: que si tal hombre macheteó a aquel otro por un equívoco, que si tal muerte, que si tal adulterio.

El autor parece haberse propuesto la indagación narrativa de aquellos hombres que, por la intensidad de sus apuestas, acertadas o erradas, tienen que hacer frente no solamente a la vida sino a la historia, que no es otra cosa que la conciencia de la vida en sociedad. Ejemplo exacto de esto es "El camarada Vadillo", quizá la mejor pieza del libro. Aquí, el personaje que encarna a José Revueltas replantea la apuesta de Pascal y de paso

de la clave para entender muchas de las posiciones del autor de este relato. Habría dicho Revueltas: Dios no existe, y nada pierdo ni gano con ello. Si no existe, evité siquiera pensar en él. Si existe, Dios en su infinita bondad sabría que me equivocué de buena fe y me perdonaría. (Curiosamente, esta apuesta ha servido de excusa generacional, una apuesta ideológica que dice: yo he sido partidario de la fe socialista, del estatismo a ultranza, del internacionalismo guerrillero, pero lo hice de buena fe, románticamente, por amor a los otros, por credulidad apasionada en una de las versiones de la historia.) Habría dicho Revueltas: "Yo he inventado una apuesta que se chinga a los teólogos por un doble carril: porque salva su pseudoargumento de la buena fe y porque es una apuesta atea." Apuesta acomodaticia que justifica cualquier caída, cualquier desviación. El camarada Vadillo de buena fe creyó en el comunismo y viajó a la Unión Soviética, para él el paraíso. Pero pronto descubrió la realidad y habló y por ello estuvo encarcelado, trabajando en campos de concentración, por más de veinte años. A su regreso a México, Revueltas, amigo de su juventud, lo visitó sin lograr arrancarle el relato de su desafortunada estancia soviética. Vadillo creyó y se sacrificó por su creencia, Vadillo el mártir, el camarada Vadillo. Pero al narrador de esta historia no sólo le interesa el martirologio de Vadillo sino el relato de la vida a salto de mata de José Revueltas, el hereje, el que cree pero no acepta la doctrina, el que lucha aunque no sea por las vías tradicionales. (Como muchos antiestadistas de ayer que hoy son estadistas porque quieren cambiar las cosas desde adentro, "seguimos luchando por los ideales, pero desde el poder".) Dos hombres ante la vida, dos hombres ante la historia, Vadillo y Revueltas. Con estos temas, con estos personajes, Héctor Aguilar Camín traza también las coordenadas emotivas e ideológicas de su generación, marcada por el 68 y el mito de la revolución pospuesta. Pero la forma en que he expuesto la vida de estos dos personajes le resta toda la intensidad y el tono cómplice del relato, un relato doble que, como todos los de este libro, se desenvuelve en una charla de sobremesa en la que el personaje Héctor Aguilar sólo interviene como testigo.

Los ocho relatos de este libro se desarrollan alrededor de una mesa (ya sea

la familiar, la de una cantina, una guarida o un cabaret). Esto es, todos los relatos siguen el mismo esquema, todos son historias conversadas. En "Prehistoria de Ramona", "La noche que mataron a Pedro Pérez" y "El regalo de Pedro Infante" las anécdotas nacen de la conversación, animada e inteligente, de la madre, la tía, el hermano y la hija del personaje Héctor Aguilar. Conversaciones cuyo único defecto es que el artificio de la naturalidad de la charla se rompe en repetidas ocasiones al hacer explícito en ellas la conciencia de que son historias narradas que fingen ser historias conversadas. "Contraatacó doña Emma, en busca del mando narrativo", dice en una ocasión; en otra, Luis Miguel, hermano del narrador, le recrimina a su madre: "No te pongas culta ahora. Tu compromiso es ser una narradora natural. Nada de refinamientos, ni alusiones al diccionario." Guiños irónicos del narrador que le restan naturalidad a lo narrado. Como si el narrador no se hubiera aguantado las ganas de decirle al lector con un gesto irónico: esta naturalidad es artificial, mi aparente facilidad plantea grandes dificultades metanarrativas. De qué otro modo explicar estos diálogos: "¿Esto quién lo está contando? —pregunté a Lezama. Yo lo estoy contando —dijo Lezama. Me refiero a la persona narrativa —dije yo—. Aunque con interrupciones, lo que consigue Héctor Aguilar Camín en estos relatos es comunicar su pasión por las historias de amor accidentadas y por la política, así como la nostalgia intensa de unos años sesenta en los que se bailó la rumba y se creyó en la revolución.

Mirada intrahistórica la de Aguilar Camín: una es la guerra cristera que se narra en los libros, nos dice, y otra aquella que fue protagonizada por hombres que entraban a la lucha movidos no sólo por la funia religiosa o antirreligiosa sino por el amor o el desprecio de una mujer. Sin embargo, hay también relatos en los que la historia se presenta como un proceso fatal que puede triturar a un ser humano, como en el caso del camarada Vadillo.

La historia comienza cuando alguien recuerda lo pasado, para no perderlo, pero también para falsearlo haciéndolo más interesante al calor de lo narrado. Las vidas van a dar al mar, que es la historia. Pero la historia puede ir a muchos lados, puede crecer hasta hacerse Historia y puede ser perdida en inmensos

ratos de ocio en los que simplemente se conversa alrededor de una mesa. Esas historias conversadas y perdidas rescata con humor, imaginación y nostalgia Héctor Aguilar Camín. □

La dama de la gardenia

de Dante Medina

por Adolfo Castañón

• Tusquets, 1992.

Dante Medina nació en Jalisco en 1954. Ese año, en el horóscopo lunar chino, estuvo dominado por el caballo que representa la espontaneidad y la libertad. Y, en efecto, Dante es uno de los escritores mexicanos de su generación que con mayor claridad están preocupados por la libertad narrativa. Decir libertad, es decir experimentación, juego, desarrollo tal vez inestable pero deliberado. Porque el caballo sabe lo que quiere, sabe a dónde ir y sobre todo sabe regresar a casa, por distante que se encuentre de ella y por lejos que sus pasos lo hayan perdido. *La dama de la gardenia* ilustra estas dos líneas de la narrativa de Medina: libertad y conciencia del destino, conocimiento de a dónde quiere ir pero sobre todo a dónde quiere volver. Todo este planteamiento podría ser un rodeo para decir que Dante Medina escribe con voluntad experimental una novela urbana. Pero decir esto sería empobrecer su proyecto si no cargáramos a la palabra experimental de una fuerza humorística y lúdica, si no dijéramos que Medina novela una ciudad a la vez soñada por los individuos y comunidades y por la publicidad, que la novela de Medina busca no tanto crear y recrear una mitificada cultura popular como recrear en ella, jugar con ella, es decir actuarla y dramatizarla. Siete niños, la Felita, un narrador, el policía y la Dama de la Gardenia: trece personajes en busca